

Roma Termini

Mohammed está hablando con una chica, con una cerveza en la mano, una de esas *moeufs* («mujeres») a la que espera *emballer* («seducir»), como me dirá después, usando palabras de argot árabe francés. Al caer la tarde en el Twins es *happy hour*: «*With Your Cocktail, a Free Shot*» («Un chupito gratis si pides un cóctel») anuncia, en inglés, un volante que me pasan.

Mohammed está sentado en una moto, en la calle, delante del pequeño bar. La moto no es suya pero la usa, como todos en el barrio, para no pasarse todo el tiempo de pie. A su alrededor hay un grupo de migrantes: su banda. Se llaman a gritos por sus nombres, se silban, son agresivos, afectivos y canallas entre ellos, y sus voces se mezclan con el estrépito de Roma Termini. 153

Ahora le veo entrar en Twins, un barecito maravillosamente turbio, en Vía Giovanni Giolitti, frente a la entrada sur de la estación central de Roma. Quiere aprovechar el *happy hour* para invitar a un trago a esa chica de paso. Por Twins pasan durante toda la noche las clientelas más exóticas, los migrantes, los toxicómanos, los trans, las prostitutas y prostitutos; todos son bien recibidos. Si hace falta se puede comprar un bocadillo a las cuatro de la madrugada, una porción de pizza barata, o bailar un reguetón pasado de moda en la trastienda. En las aceras de los alrededores la droga circula sin problemas.

De pronto veo que Mohammed se va, alejándose de la moto y la chica, como si hubiera recibido una llamada misteriosa. Le sigo con la mirada. Ahora está en la Piazza dei Cinquecento, en el cruce de la Vía Manin y la Vía Giovanni Giolitti. Un coche se ha

detenido en el borde de la calzada. Mohammed habla con el conductor, se monta y el vehículo se aleja. Delante del Twins la chica sigue hablando con otro chico, un rumano, también sentado en una moto. (En este capítulo se han cambiado todos los nombres de los migrantes.)

«Soy uno de esos migrantes que defiende el papa Francisco», me confiesa varios días después Mohammed, sonriendo. Estamos de nuevo en Twins, el cuartel general del tunecino, que se cita aquí con sus amigos: «Si quieres hablar conmigo, ya sabes dónde encontrarme, vengo aquí todos los días a eso de las seis de la tarde», me dirá en otra ocasión.

154 Mohammed es musulmán. Llegó a Italia embarcado en una lancha de pesca sin motor, arriesgando la vida en el Mediterráneo. Le vi por primera vez en Roma, cuando estaba empezando a escribir este libro. Mantuve el contacto con él durante casi dos años, antes de perderle de vista. Un día el teléfono de Mohammed no respondió. «El número marcado no existe», dijo la operadora italiana. No sé lo que ha sido de él.

Hasta entonces hablé con él unas diez veces en compañía de uno de mis investigadores, durante varias horas, en francés, a menudo mientras comíamos. Él sabía que yo iba a contar su historia.

Cuando el papa regresó de la isla griega de Lesbos en 2016 llevaba consigo en el avión tres familias de musulmanes sirios, un símbolo para proclamar su defensa de los refugiados y su visión liberal de la inmigración.

Mohammed, que forma parte de esa inmensa ola de refugiados, los últimos quizá que creyeron en el «sueño europeo», no solo no viajó con el papa, sino que fue explotado de un modo inesperado que él nunca habría imaginado cuando viajó de Túnez a Nápoles pasando por Sicilia. Porque aunque este joven de 21 años es heterosexual, para sobrevivir se vio obligado a prostituirse todas las noches junto a la estación central Roma Termini. Mohammed es *sex worker* («trabajador sexual»); él me dice «escort» porque como tarjeta de visita es mejor. Y un hecho aún más extraordinario: los clientes de este musulmán son sobre todo curas y prelados católi-

cos de las iglesias romanas y vaticanas. «Soy uno de esos migrantes que defiende el papa Francisco», insiste Mohammed con ironía.

Para indagar sobre las relaciones contra natura entre los prostitutos musulmanes de Roma Termini y los curas católicos del Vaticano, durante tres años entrevisté a unos sesenta migrantes que se prostituían en Roma (la mayoría de las veces iba acompañado de un traductor o un investigador).

De entrada cabe decir que los «horarios» de los prostitutos eran adecuados: por la mañana temprano y durante el día me reunía con curas, obispos y cardenales en el Vaticano, que nunca se citaban conmigo después de las seis de la tarde. Por la noche, en cambio, entrevistaba a los prostitutos, que pocas veces llegaban al trabajo antes de las siete. Mis entrevistas con los prelados tenían lugar mientras los prostitutos dormían, y mis entrevistas con los *escorts*, cuando los sacerdotes ya se habían ido a la cama. Por tanto, durante las semanas que pasé en Roma mi agenda se dividía así: cardenales y prelados de día, migrantes de noche. Acabé dándome cuenta de que esos dos mundos —esas dos miserias sexuales— en realidad estaban estrechamente imbricados. De que los horarios de esos dos grupos se solapaban.

155

Para introducirme en la vida nocturna de Roma Termini tuve que trabajar en varios idiomas —rumano, árabe, portugués, español, además de francés, inglés e italiano—, por lo que tuve que acudir a amigos, a *scouts* («buscadores») y, a veces, a intérpretes profesionales. Investigué en las calles del barrio romano de Termini con mi investigador Thalyson, un estudiante de arquitectura brasileño, Antonio Martínez Velázquez, un periodista gay latino llegado de México, y Loïc Fel, un militante asociativo llegado de París, que conoce bien a los trabajadores del sexo y a los toxicómanos.

Además de estos valiosos amigos, a medida que pasaba noches en el barrio de Roma Termini conocí a varios *scouts*, generalmente *escorts*, como Mohammed, que fueron mis «informadores» y «exploradores» indispensables. A cambio de una copa o una comida me informaban sobre la prostitución en el barrio. Escogí tres

lugares para nuestros encuentros que les garantizaban cierta discreción: el café del jardín del hotel Quirinale, el bar del hotel NH Collection, en la Piazza dei Cinquecento, y el segundo piso del restaurante Eataly, que todavía hace unos años era un McDonald, delante del cual tenían lugar justamente los encuentros tarifados gais de Roma.

Mohammed me cuenta su travesía del Mediterráneo.

—Me costó 3.000 dinares tunecinos (1.000 euros) —dice—. Trabajé como un condenado durante meses para reunir esa cantidad. Mi familia también hizo su aportación para ayudarme. Yo era inconsciente, no tenía la menor idea de los peligros. El barco de pesca no era nada sólido, me habría podido ahogar.

156 Dos amigos suyos, Bilal y Sami, partieron con él de Túnez vía Sicilia y también se prostituyen en Roma Termini. Hablamos en una «pizzería halal» de la Vía Manin, delante de un kebab a 4 euros poco apetitoso. Bilal, con un polo de Adidas y el pelo rapado en un lado, llegó en 2011 después de una travesía en una pequeña embarcación, una especie de balsa a motor. Sami, de pelo color caoba, cobrizo, desembarcó en 2009. Viajó en un barco más grande, con 190 personas a bordo, y le costó 2.000 dinares: más caro que un vuelo en una compañía de bajo coste.

¿Por qué vinieron?

—Por la suerte —Mohammed responde con esta extraña frase.

Sami añade:

—Tenemos que irnos por la falta de posibilidades.

En Roma Termini les encontramos metidos en este comercio ilícito con curas de las iglesias romanas y los prelados del Vaticano. ¿Tienen un protector? Parece que no tienen ni chulo ni macarra, o muy pocas veces.

Otro día como con Mohammed en el Pomodoro, en San Lorenzo, el barrio de Vía Tiburtina. Este restaurante es famoso porque allí cenó Pasolini con su actor fetiche, Ninetto Davoli, la noche de su asesinato. Un poco más tarde debía encontrarse, bajo los soporales próximos a la estación Roma Termini, con el gigoló de 17 años Giuseppe Pelosi, que le mataría. Como en el restaurante Al

Biondo Tevere, donde los dos hombres acudieron después, víctima y verdugo confundidos en la memoria colectiva, Italia conmemora estas «últimas cenas» de Pasolini. A la entrada del restaurante se ve el cheque original de la comida firmado por Pasolini —y sin cobrar—, erigido en trofeo sepulcral, detrás de un cristal. Si Pelosi encarnaba el *ragazzo di vita* y el tipo pasoliniano —una cazadora, vaqueros ceñidos, frente baja, pelo ensortijado y un misterioso anillo con una piedra roja y la inscripción «United States»—, Mohammed sería más bien la quintaesencia de la belleza árabe. Es más duro, más macho, más moreno, tiene la frente alta y el pelo corto, unos ojos azules de bereber, y apenas sonríe. Nada de anillos (eso sería demasiado femenino). Encarna a su manera el mito árabe que tanto gustaba a los escritores «orientalistas» colmados de deseos masculinos.

Este estilo árabe, que trae recuerdos de Cartago y Salambó, se aprecia mucho hoy en el Vaticano. Es un hecho: los «curas homosexuales» adoran a los árabes y los «orientales». Les encanta ese subproletariado migrante, lo mismo que a Pasolini le encantaban los jóvenes pobres de las *borgate*, los suburbios romanos. Las mismas vidas azarosas, las mismas fantasías. Cada cual, cuando viene a Roma Termini, deja atrás una parte de sí mismo: el *ragazzo* renuncia a su dialecto romano, el migrante a su lengua natal. En los soportales ambos tienen que hablar italiano. 157

La relación entre Mohammed y los curas es ya una larga historia. Extraño comercio, a fin de cuentas, insólito, irracional, que tanto en el lado católico como en el musulmán no es solo «contra natura», sino incluso sacrílego. No tardé en descubrir que la presencia de curas en busca de prostitutas en Roma Termini es un negocio bien montado, una pequeña industria. Conciérne a muchos prelados, incluyendo obispos y cardenales, cuyos nombres se conocen. De estas relaciones se deduce una regla sociológica destacable, la octava de Sodoma:

En la prostitución romana entre los curas y los *escorts* árabes se acoplan dos miserias: la frustración sexual abismal de los curas católicos hace eco con la restricción del islam, que pone trabas a los actos heterosexuales de los jóvenes musulmanes fuera del matrimonio.

—Con los curas estamos hechos para entendernos —tal es la alucinante conclusión de Mohammed.

Mohammed se dio cuenta enseguida de que el sexo era «el gran asunto» y «la única verdadera pasión» temporal de la mayoría de los curas que iban a buscarle. ¡Qué en serio se toman su «vicio»! Y este descubrimiento le fascinó por su singularidad, su animalidad, los intercambios de papeles que sugería, pero también, desde luego, porque se convirtió en la clave de su modelo económico. Su pequeña empresa no sabe lo que es la crisis. Mohammed me deja claro que trabaja solo. Su *start-up* no depende de ningún proxeneta.

—Me daría vergüenza, porque sería entrar en un sistema. No quiero convertirme en prostituto —me asegura, muy serio.

158 Como a todos los prostitutas de Roma Termini, a Mohammed le gusta tener clientes habituales. Le gusta «hacer relaciones», como él dice, tener el teléfono de sus clientes para «construir algo duradero». A su entender los curas son los clientes más «fieles». Se enganchan «instintivamente» a los prostitutas que les gustan y quieren volver a verlos. Mohammed aprecia esta regularidad que, además de las ventajas económicas, le da una sensación de ascenso social.

—Un *escort* es el que tiene clientes fijos. No es un prostituto —insiste el joven tunecino.

—*Bună ziua.*

—*Ce faci?*

—*Bine! Foarte bine!*

Hablo con Gaby en su propia lengua y mi rumano rudimentario, que al principio le sorprendió y ahora parece que le tranquiliza. Yo había vivido durante un año en Bucarest y aún recuerdo algunas expresiones simples. Gaby, de 25 años, trabaja en la zona «reservada» a los rumanos.

A diferencia de Mohammed, Gaby es un inmigrante legal en Italia, ya que Rumanía forma parte de la Unión Europea. Fue a parar a Roma un poco por casualidad: las dos principales rutas migratorias, la llamada «de los Balcanes» que arranca en Europa

central y, más allá, en Siria e Irak, y la «del Mediterráneo», seguida por la mayoría de los migrantes de África y el Magreb, pasan por Roma Termini, la gran estación central de la capital italiana. Es literalmente el «términus» de muchas rutas migratorias. Todos se detienen allí.

Siempre de paso, como la mayoría de los prostitutos, Gaby ya está pensando en marcharse. Mientras tanto busca un trabajillo «normal» en Roma. Sin una verdadera formación ni oficio, pocas oportunidades se le presentan. Mientras tanto, de mala gana, se ha puesto a trabajar con su sexo.

Unos amigos periodistas de Bucarest ya me habían informado de este fenómeno desconcertante: Rumanía exportaba sus prostitutos. Periódicos como *Evenimentul zilei* hicieron una encuesta, ironizando sobre esta nueva «plusmarca» rumana: es el primer país europeo exportador de trabajadores del sexo. Según TAMPEP, una ONG holandesa, cerca de la mitad de los prostitutos de Europa, hombres y mujeres, son migrantes, y uno de cada ocho es rumano.

Gaby viene de Iasy. Primero cruzó Alemania, pero como no entendía el idioma y no conocía a nadie, no se quedó. Después de una temporada en Holanda «muy decepcionante», fue a parar a Roma, sin dinero pero con la dirección de un amigo rumano. Este chico, también prostituto, le alojó y le inició en el «oficio», revelándole el código secreto: ¡los mejores clientes son los curas!

Por lo general Gaby empieza su turno de trabajo a eso de las ocho de la noche en Roma Termini y termina a las seis de la madrugada.

—El *prime-time* es entre las ocho y las once. La tarde se la dejamos a los africanos. Los rumanos vienen por la noche. Los mejores clientes prefieren a los blancos —me dice, con cierto orgullo—. El verano es mejor que el invierno, cuando hay pocos clientes, pero agosto no es bueno porque los curas están de vacaciones y el Vaticano está casi vacío.

La noche ideal, según Gaby, es la del viernes. Los curas salen «de paisano» (es decir, sin alzacuellos). El domingo por la tarde también es muy provechoso, según Mohammed, que ese día trabaja sin parar. ¡No hay descanso del séptimo día! El tedio dominical hace que el barrio de Roma Termini esté siempre concurrido, antes y después de las vísperas.

Al principio yo apenas había prestado atención a esos discretos cruces de miradas, a todos esos movimientos alrededor de las calles Giovanni Giolitti, Gioberti o Terme di Diocleziano, pero gracias a Mohammed y Gaby soy capaz de interpretar las señales.

—La mayoría de las veces les digo a los clientes que soy húngaro, porque no les gustan los rumanos. Nos confunden con los gitanos —explica Gaby, y noto que esa mentira le duele, pues como muchos rumanos él odia al vecino y enemigo húngaro.

Todos los prostitutas del barrio se inventan vidas y fantasmagorías. Uno de ellos me dice que es español, pero su acento le delata como latinoamericano. Un chico barbudo de aspecto gitano, que se hace llamar Pittbul, suele presentarse como búlgaro pero es rumano de Craiova. Otro bajito que no quiere decirme cómo se llama —llamémosle Shorty— me explica que está allí porque ha perdido su tren; al día siguiente volveré a encontrármelo.

Los clientes también mienten y se inventan vidas.

160 —Dicen que están de paso, o en viaje de negocios, pero a nosotros no nos engañan; a un cura se le ve a la legua —comenta Gaby.

Cuando se acercan a un chico, estos curas usan una fórmula manida a más no poder, pero que sigue funcionando:

—¡Nos piden un cigarrillo aunque no fumen! Por lo general ni siquiera esperan a que les contestemos. Cuando hay cruce de miradas la cosa está clara y nos dicen, sin más preámbulos: «*Andiamo*».

Mohammed, Gaby, Pittbul y Shorty reconocen que a veces son ellos los que dan el primer paso, sobre todo cuando los curas pasan varias veces delante de ellos pero no se atreven a abordarles.

—Entonces yo les ayudo —me dice Mohammed— y les pregunto si quieren hacer café.

«Hacer café» suena bien en francés; es una expresión propia del vocabulario aproximativo de los árabes que todavía andan buscando sus palabras.

Durante los dos primeros años de mi investigación viví en el barrio romano de Termini. Cada mes alquilaba durante una semana, en promedio, un pequeño apartamento con Airbnb, unas veces en casa de S., una arquitecta que tenía un estudio encantador cerca

de la basílica de Santa Maria Maggiore, y cuando estaba completo en los Airbnb de las calles Marsala o Montebello, al norte de la estación Termini.

A mis amigos siempre les pareció raro que prefiriera ese barrio de Roma sin alma. Las inmediaciones del Esquilino, una de las siete colinas de la ciudad, siempre fueron miserables, es un hecho, pero Termini está hoy en plena «*gentrificazione*», como dicen los romanos usando un anglicismo italianizado. Estos romanos me aconsejaron que viviera más bien en el Trastevere, cerca del Panteón, en el Borgo o incluso en Prati, para estar más cerca del Vaticano. Pero yo permanecí fiel a Termini: es una cuestión de costumbre. Cuando se viaja, se procura crear una nueva rutina lo antes posible, se buscan referencias. En Roma Termini estaba al lado de un tren rápido bautizado Leonardo Express que lleva al aeropuerto internacional de Roma; los metros y autobuses tienen parada en la estación; por allí, en la Vía Montebello, tengo mi pequeña tintorería y sobre todo la librería internacional Feltrinelli, cerca de la Piazza della Repubblica, donde compraba libros y cuadernitos para tomar notas. La literatura es la mejor compañera de viaje. Y como siempre he pensado que hay tres cosas en la vida con las que no se debe ahorrar —los libros, los viajes y los cafés donde te reúnes con amigos—, quise permanecer fiel a esta regla en Italia. 161

Acabé «mudándome» de Termini en 2017, cuando me autorizaron a vivir en las residencias oficiales del Vaticano gracias a un *monsignore* con buenos contactos, Battista Ricca, y al arzobispo François Bacqué. Al vivir en la muy oficial Casa del Clero, un lugar «extraterritorial» situado cerca de la Piazza Navona, o en otras residencias de la santa sede y más tarde, durante varios meses, dentro del mismo Vaticano, a pocas decenas de metros de los aposentos papales, gracias a la invitación interesada de altos prelados, me alejé de Termini con pesar.

Necesité varios meses de atenta observación y de entrevistas para entender la sutil geografía nocturna de los muchachos de Roma Termini. Cada grupo de prostitutos tiene su lugar, en cierto modo asignado, y su territorio marcado. Este reparto refleja las

jerarquías sociales y toda una gama de precios. Por ejemplo, los africanos suelen sentarse en la barandilla que hay delante de la entrada suroeste de la estación. Los magrebíes y a veces los egipcios suelen estar en la Vía Giovanni Giolitti, en el cruce de la Vía Manin o en los soportales de la Piazza dei Cinquecento. Los rumanos se ponen cerca de la Piazza della Repubblica, al lado de las ninfas marinas desnudas de la fuente de las Náyades o alrededor del Obelisco di Dogali. Por último, los «latinos» se agrupan más al norte de la plaza, en el Viale Enrico de Nicola o en la Vía Marsala. A veces hay peleas territoriales entre grupos, y cada cual arregla las cuentas a puñetazos.

Esta geografía no es estable y varía con los años, las estaciones o las oleadas de migrantes. Ha habido un periodo curdo, otro yugoslavo, otro eritreo, en fechas más recientes la ola de los sirios y los iraquíes, y hoy están llegando a Roma Termini nigerianos, argentinos y venezolanos. Pero un elemento es muy constante: hay pocos italianos en la Piazza dei Cinquecento.

162

En toda Europa la despenalización de la homosexualidad, la proliferación de bares y saunas, las app para móviles, las leyes sobre el matrimonio homosexual y la socialización de los gais tienden a reducir el mercado de la prostitución masculina callejera. Con una excepción: Roma. La explicación es muy sencilla: los curas mantienen activo este mercado cada vez más anacrónico en los tiempos de Internet. Y por motivos de anonimato buscan sobre todo migrantes.

En Roma Termini el «servicio» no tiene precio fijo. En el mercado de los bienes y servicios, el precio del acto sexual está actualmente en mínimos. Hay demasiados rumanos disponibles, demasiados africanos sin papeles, demasiados travestis latinos para que pueda subir. Mohammed cobra un promedio de 70 euros por servicio, Shorty pide 50 euros a condición de que el cliente pague la cama, Gaby y Pittbul no suelen negociar el precio antes, señal de temor a los policías de paisano e indicio de miseria y dependencia económica.

—Cuando la cosa termina pido 50 euros si no me proponen

nada. Si me proponen 40, pido 10 más, y a veces me tengo que conformar con 20, si es un roñoso. Sobre todo, no quiero problemas, porque vengo aquí todas las noches —me dice Gaby.

No dice que debe mantener una «reputación», pero capto la idea.

—Tener un cliente fijo es lo que todos buscan aquí, pero no es fácil —señala Florín, un prostituto rumano que viene de Transilvania y habla un inglés fluido.

Conocí a Florín y a Christian en Roma en agosto de 2016 con mi *researcher* Thalyson. Ambos tienen 27 años y viven juntos, me dicen, en un cuchitril de las afueras de la ciudad.

—Me crié en Brasov —dice Christian—. Estoy casado y tengo un hijo. ¡Tengo que alimentarlo! Les he dicho a mis padres y a mi mujer que soy *bar tender* («camarero») en Roma.

Florín les ha dicho a sus padres que trabaja «en la construcción» y me dice que gana «en quince minutos lo que ganaría trabajando diez horas en una obra».

—Trabajamos en los alrededores de la Piazza della Repubblica. Es una plaza para la gente del Vaticano. Aquí todos lo saben. Los curas nos montan en el coche. Nos llevan a su casa o, las más de las veces, a un hotel —me dice Christian.

163

A diferencia de otros prostitutos con los que he hablado, Christian dice que no tiene dificultad para alquilar una habitación.

—No tengo ningún problema. Pagamos. No pueden negarse. Tenemos carné de identidad, todo está en regla. Y aunque a los dueños del hotel no les haga gracia que dos hombres alquilen una habitación para una hora, no pueden hacer nada.

—¿Quién paga el hotel?

—Ellos, claro está —replica Christian, sorprendido por la pregunta.

Christian me cuenta la cara oscura de las noches oscuras de Roma Termini. La lubricidad de los religiosos supera todos los límites y llega al abuso, según todos los testimonios recogidos.

—Un cura quiso que le mease encima. Otros quieren que nos vistamos de mujer, de travestis. Otros tienen prácticas sadomasoquistas de lo más repugnante. —Me da detalles—. Un cura quiso que hiciéramos un combate de boxeo conmigo desnudo.

—¿Cómo sabes que son curas?

—¡Tengo mucho oficio! Los identifico enseguida. Los curas están entre los clientes más asiduos. Se nota por las cruces cuando se desnudan.

—Pero muchas personas llevan una cruz o una medalla de bautismo.

—No, no es una cruz como esas. Se les reconoce de lejos, incluso cuando se visten de civil. Se nota por sus ademanes, mucho más reservados que los de los otros clientes. No están en la vida... Son desdichados —prosigue Christian—. No viven, no se quieren. Sus maniobras de aproximación, su jueguecito, con el móvil en la oreja para darse aires, para fingir una vida social cuando en realidad no hablan con nadie. Todo eso me lo sé de memoria. Y sobre todo, tengo los fijos. Los conozco. Hablamos mucho. Se confiesan conmigo. Yo también tengo una cruz colgada del cuello, soy cristiano. ¡Eso une! ¡Se sienten más seguros con un ortodoxo, les tranquiliza! Les hablo de Juan Pablo II, que me gusta mucho como rumano que soy. Lo sé todo de ese papa. Además, un italiano casi nunca nos lleva a un hotel. Los únicos que nos llevan al hotel son los curas, los turistas y los policías.

164

—¿Policías?

—Sí, tengo clientes que son policías... pero prefiero a los curas. Cuando vamos al Vaticano nos pagan muy muy bien porque son ricos...

Los chicos de Roma Termini no son nunca muy precisos sobre esos clientes de altos vuelos, pero el barrio conserva el recuerdo de los paseos al Vaticano. Más de uno me ha hablado de estas fiestas del viernes por la noche, «cuando un chófer venía a buscar a los prostitutas con un Mercedes y los llevaba al Vaticano», pero ninguno ha hecho personalmente ese viaje a la santa sede «con chófer» y tengo la impresión de que todos hablan de oídas. La memoria colectiva de los chicos de Termini repite esta historia sin que haya manera de saber si ha existido alguna vez.

De todos modos, Christian me dice que ha acompañado a un cura al Vaticano tres veces y un amigo suyo rumano, Razvan, que se ha unido a la conversación, dice que ha ido una vez.

—Si vamos al Vaticano y nos ha llamado un pez gordo, nos pagan mucho mejor. Ya no son los 50-60 euros, sino más bien los 100-200. Todos tenemos ganas de atrapar un pez gordo.

Christian continúa:

—La mayoría de los curas y las personas del Vaticano quieren a los hijos. Es menos visible y menos arriesgado para ellos, ya no tienen que venir a buscarnos aquí, a la Piazza della Repubblica, a pie o en coche, ¡basta con que nos manden un SMS!

Con aire pícaro, Christian alardea de su lista de contactos y va pasando los números de móvil. La lista es infinita. Cuando habla de ellos dice «mis amigos». Florín se ríe de él:

—¡Llamas «mis amigos» a unas personas que has conocido dos horas antes! Entonces ¡son *fast-friends*, lo mismo que hay *fast-food*!

Muchos de los clientes de Christian probablemente le habrán dado nombres falsos, pero los números son auténticos. Y me digo que si se publicara esta enorme lista de números de móviles de religiosos, ¡la Conferencia Episcopal Italiana saltaría por los aires!

¿Cuántos son los sacerdotes «acompañados» que acuden regularmente a Termini? ¿Cuántos prelados *closeted* y *monsignori unstraights* acuden a calentarse con esos soles de Oriente? Los trabajadores sociales y los policías aventuran cifras: decenas cada noche, cientos cada mes. Los prostitutas, más jactanciosos, hablan de miles. Todos valoran de más o de menos este mercado invaluable. En realidad nadie lo sabe.

165

Christian quiere dejarlo.

—Aquí soy un veterano. No es que sea viejo, solo tengo veintisiete años, pero me doy cuenta de que ya no funciona. Muchas veces, cuando pasan los curas, me saludan: «*Buongiorno*»... pero pasan de largo. Cuando un joven llega a Termini, es la novedad. Todos quieren estar con él. Es el *jackpot* («premio»). Está muy solicitado. Puede ganar mucho dinero si se lo propone. Pero para mí ya es demasiado tarde. Voy a volver en septiembre. Se acabó.

Con mis investigadores Thalyson, Antonio, Daniele y Loïc, visitamos los hoteles de Termini durante varias noches. Es una geografía llena de sorpresas, y el hecho de que sea por las alturas la hace aún más fabulosa.

En Roma Termini hemos contado más de un centenar de pensiones y hoteles situados en pisos de las calles Principe Amedeo, Giovanni Amendola, Milazzo y Filippo Turati. Aquí las estrellas

no tienen mucho sentido: con dos estrellas puede ser una pensión cutre, y de una que se anuncia como «todo confort», con una estrella, dan ganas de echar a correr. Descubrí que a veces las pensiones de prostitutas ponen anuncios en Airbnb para llenar las habitaciones que tienen vacías: una privatización al margen de la ley... Les preguntamos a varios gerentes y responsables de establecimientos sobre la prostitución y en varias ocasiones tratamos de alquilar habitaciones «por horas» para ver cómo reaccionan.

Un bangladesí musulmán treintañero que regenta una pensión pequeña en la Vía Principe Amedeo, considera que la prostitución es «el azote del barrio».

—Si vienen preguntando precios por horas, les rechazo. Pero si cogen una habitación para toda la noche, no puedo echarles. La ley me lo prohíbe.

166 En los hoteles de Roma Termini, incluidos los más guarros, no es raro que los gerentes hayan declarado la guerra a los prostitutas ¡sin percatarse de que así espantan una clientela más respetable, los curas! Ponen digicódigos a la entrada, contratan vigilantes nocturnos intransigentes, instalan cámaras de vigilancia en las entradas, en los pasillos, hasta en las escaleras de incendios y los patios interiores, «que los chaperos usan a veces para meter a sus clientes sin que pasen por la recepción» (según Fabio, romano de pura cepa, treintañero, vagamente marginal, que trabaja en negro en una de estas pensiones). Los carteles de «*Area videosorvegliata*» que he visto a menudo en estos establecimientos asustan, por principio, a los religiosos.

Es frecuente que a los prostitutas migrantes les pidan los papeles para tratar de quitárselos de encima, o que multipliquen por dos el precio de la habitación (Italia todavía es uno de esos países arcaicos donde a veces se paga la noche en función del número de ocupantes). Después de haber intentado por todos los medios evitar este trajín, los gerentes acaban a veces echando con insultos («*Fanculo i froci!*») a los que han llevado un cliente a su habitación individual.

—Aquí, por la noche, se ve de todo —me dice Fabio—. Muchos chaperos no tienen papeles, de modo que se los pasan, se los prestan. Una vez vi entrar a un blanco con papeles de un negro. ¡Eso ya es pasarse! Pero hacemos la vista gorda y les dejamos.

Según Fabio no es raro que un gerente prohíba la prostitución en uno de sus establecimientos pero la fomente en otro. Entonces da la tarjeta de visita del hotel alternativo y, con mucho disimulo, recomienda a la pareja efímera una dirección mejor. A veces el gerente se preocupa de la seguridad del cliente y, para controlar a los sujetos peligrosos, guarda el carné de identidad del prostituto en la recepción hasta que baje con su maromo para asegurarse de que no ha habido violación ni violencia. ¡Una vigilancia que sin duda ha evitado varios escándalos eclesiásticos extras!

En Roma Termini el turista de paso, el visitante, el burgués italiano, a falta de un ojo experto, tienen una visión superficial. Solo ven los alquileres de vespas y las ofertas a tarifa reducida de recorridos en autobuses de dos pisos. Pero aquí, detrás de estos carteles tentadores para visitar el Monte Palatino, existe otra vida, en los pisos de las pensiones de Roma Termini, que no es menos tentadora.

En la Piazza dei Cinquecento observo el trajín de los chicos y los clientes. Ese ajeteo no es nada sutil, ni los clientes son muy lucidos. Muchos de ellos pasan en coche, con la ventanilla abierta, titubean, dan media vuelta, retroceden y finalmente se llevan a los jóvenes *escorts* en una dirección desconocida. Otros van a pie, con paso inseguro, y terminan su diálogo bíblico en una de las pensiones cutres del barrio. Aquí viene uno más arrogante y seguro de sí mismo: ¡cualquiera diría que es un misionero obrero en África! ¡Y este otro, por su modo de observar a los animales, da la impresión de que está en un safari!

167

Le pregunto a Florín, el prostituto rumano cuyo nombre recuerda a la antigua moneda de los papas del tiempo de Julio II, si ha visitado los museos, el Panteón, el Coliseo.

—No, solo he visitado el Vaticano, con clientes. No puedo pagar doce euros para visitar un museo... Normal.

Florín tiene una barbita corta «de tres días» y se la cuida porque forma parte, según me dice, de su «poder de atracción». Tiene ojos azules y pelo repeinado y engominado «con gel Garnier». Me dice que quiere «tatuarse el Vaticano en el brazo, porque es muy bonito».

—A veces los curas nos pagan vacaciones —me explica Florín—. Yo fui tres días con un religioso. Lo pagó todo. Normal. También hay clientes —añade— que nos alquilan regularmente,

todas las semanas, por ejemplo. Pagan una especie de abono. ¡Y les hacemos un descuento!

Le hago a Gaby la misma pregunta que a los demás: cuáles son los elementos que le permiten saber que está con un cura.

—Son más discretos que los demás. En el aspecto sexual, son lobos solitarios. Tienen miedo. Nunca dicen palabrotas. Y por supuesto siempre quieren ir a un hotel, como si no tuvieran casa: esa es la señal, se les reconoce por eso. —Y añade—: Los curas no quieren italianos. Están más a gusto con personas que no hablan italiano. Quieren migrantes porque es más fácil, es más discreto. ¿Ha visto a algún migrante denunciar a alguien en una comisaría?

Gaby prosigue:

—Tengo curas que me pagan solo para dormir conmigo. Hablan de amor, de historias de amor. Tienen una ternura delirante. ¡Parecen modistillas! Me reprochan que les beso mal, y esos besos parecen importantes para ellos. Luego están los que quieren «salvarme». Los curas siempre quieren ayudarnos, «sacarnos de la calle»...

He oído suficientes veces esta observación como para pensar que se basa en experiencias reales y repetidas. Los curas se enamoran instantáneamente de su migrante, a quien ahora susurran al oído, en *broken english*, un «*I luv you*» —expresión en jerga estadounidense para no decirlo bien, lo mismo que se jura diciendo «*Oh my Gosh*» en vez de blasfemar diciendo «*Oh my God*»—. Los prostitutas, a menudo, se quedan pasmados con los excesos de ternura de los curas, con su ansia de amor; ¡decididamente su travesía del Mediterráneo está llena de sorpresas!

Y yo me pregunto con ellos: ¿los curas se enamoran de sus chaperos más que los otros hombres? ¿Por qué tratan de «salvar» a los prostitutas de los que se aprovechan? ¿Será un residuo de moral cristiana que les humaniza cuando traicionan su voto de castidad?

Florín me pregunta si en Francia los hombres pueden casarse entre sí. Le contesto que sí, que el matrimonio entre personas del mismo sexo está autorizado. Él no ha pensado mucho en eso, pero en el fondo le parece «normal».

—Aquí en Italia está prohibido. A causa del Vaticano y porque es un país comunista.

Florín remata todas sus afirmaciones con la palabra «normal», pese a que su vida es cualquier cosa menos normal.

Lo que me impresiona de estas frecuentes charlas con Christian, Florín, Gaby, Mohammed, Pittbul, Shorty y tantos otros es que no juzgan a los curas con los que se acuestan. No les crea problemas de moral ni de culpabilidad. Si un imán fuera gay, los musulmanes se escandalizarían; si un pope fuera homosexual, a los rumanos les parecería raro; pero les parece «normal» que unos curas católicos recurran a la prostitución. En todo caso, para ellos es una ganga. El pecado no les concierne. Mohammed quiere dejar claro que él siempre es «activo», lo que, al parecer, le tranquiliza sobre la gravedad de su pecado en el islam.

—¿Un musulmán puede acostarse con un cura católico? Esa pregunta se puede plantear cuando se tiene elección —añade Mohammed—. Pero yo no tengo elección.

Otra noche me encuentro con Gaby en la Agenzia Viaggi, un cibercafé de la Vía Manin (hoy cerrado). Unos treinta prostitutos rumanos chatean en Internet con sus amigos y familiares de Bucarest, Constanza, Timisoara o Cluj. Hablan por Skype o WhatsApp y actualizan su cuenta de Facebook. En la biografía en línea de Gaby, mientras él charla con su madre, leo: «*Life lover*» en inglés, y «Vive en Nueva York».

—Le cuento cómo es mi vida aquí. Ella está muy contenta de que visite Europa: Berlín, Roma, dentro de poco Londres. Noto que me tiene un poco de envidia. Me hace muchas preguntas y se alegra mucho por mí. Por supuesto, no sabe a qué me dedico. Nunca se lo diré.

(Como los otros chicos, Gaby usa lo menos posible conmigo las palabras «prostituto» o «prostituirse» y prefiere las metáforas o las imágenes.)

Mohammed me dice más o menos lo mismo. Él acude a un cibercafé llamado Internet Phone, en la Vía Gioberti, y le acompaña. Llamar a su madre por Internet, como él hace varias veces por semana, cuesta 50 céntimos el cuarto de hora o 2 euros la hora. Llama a su madre delante de mí, vía Facebook. Habla con ella diez minutos en árabe.

—Yo soy sobre todo Facebook. Mi madre se maneja mejor con Facebook que con Skype. Acabo de decirle que todo va bien, que tengo trabajo. Qué contenta se ha puesto. A veces me dice que le gustaría que volviera. Que estuviera allí, aunque fuera unos minutos. Me dice: «Vuelve un minuto, un minuto nada más, para que te vea». Me dice: «Tú eres toda mi vida».

Regularmente, como para hacerse perdonar su ausencia, Mohammed manda un poco de dinero a su madre vía Western Union (denuncia sus comisiones abusivas; le recomendando PayPal, pero no tiene tarjeta de crédito).

Mohammed sueña con volver «algún día». Se acuerda de la línea de TGM, tan arcaica ella, el trenecito que va de Tunis Marine a La Marsa, con sus paradas de leyenda cuya lista me recita en voz alta, recordando los nombres de las estaciones en orden: Le Bac, La Goulette, L'Aéroport, Le Kram, Carthage-Salamambo, Sidi Bousaïd, La Marsa.

170 —Añoro Túnez. Mi madre me pregunta muchas veces si paso frío. Le digo que me pongo un gorro y que también tengo una capucha. Porque aquí en invierno hace un frío que pela. Ella se lo figura, pero no imagina el frío que puede hacer aquí.

No todos los árabes que conoce Mohammed en Roma han optado por la prostitución. Varios amigos suyos prefieren la venta de hachís y de cocaína (la heroína, demasiado cara, parece ausente del barrio, según todos los prostitutas con los que he hablado, y el éxtasis solo llega de forma marginal).

¿La droga? No es para Mohammed. Su argumento es irreprochable:

—La droga es ilegal y me arriesgaría mucho. Si me meten en la cárcel, mi madre lo descubriría todo. No me lo perdonaría nunca. Lo que hago en Italia es completamente legal.

Sobre el escritorio de Giovanna Petrocca hay dos crucifijos colgados de la pared. Al lado, en una mesa, unas fotos donde ella posa junto al papa Juan Pablo II.

—Es mi papa —me dice Petrocca, sonriendo.

Estoy en la comisaría central de Roma Termini y Giovanna

Petrocca dirige esta importante oficina de policía. Tiene el grado de comisario; en italiano, su título, tal como figura en la puerta del despacho, es: «*Primo dirigente, commissariato di Polizia, Questura di Roma*».

Es una cita concertada oficialmente por el servicio de prensa de la dirección central de policía italiana, y Giovanna Petrocca contesta a todas mis preguntas sin rodeos. La comisaria es una gran profesional que conoce perfectamente el tema. Es evidente que la policía conoce muy bien, con todos sus detalles, la prostitución de Roma Termini. Petrocca me confirma la mayoría de mis suposiciones y, sobre todo, corrobora lo que me han dicho los prostitutas. (En este capítulo también utilizo información del teniente coronel Stefano Chirico, que dirige la oficina antidiscriminación de la Direzione Centrale della Polizia Criminale, el cuartel general de la policía nacional que se encuentra en el sur de Roma al que también acudí.)

—Roma Termini tiene una larga historia de prostitución —me explica la comisaria Giovanna Petrocca—. Se da por oleadas, según las migraciones, las guerras y la pobreza. Cada nacionalidad se agrupa por su idioma, es muy espontáneo, un poco salvaje. La ley italiana no castiga la prostitución individual, de modo que solo se intenta contener el fenómeno, limitar su expansión. Y, por supuesto, se deben respetar las reglas: nada de obscenidades o atentados al pudor en la calle, nada de prostitución con menores, nada de drogas y nada de proxenetismo. Eso está prohibido y se sanciona con dureza.

Petrocca, licenciada en leyes por la Universidad de La Sapienza, después de haber patrullado durante años por las calles, se incorporó a la nueva unidad de la policía judicial especializada en la lucha contra la prostitución, creada en 2001, donde trabajó trece años hasta acceder a la dirección. A lo largo de los años ha podido seguir los cambios demográficos de la prostitución: las mujeres albanesas prostituidas a la fuerza por las mafias; la llegada de moldavas o rumanas y el proxenetismo organizado; la ola nigeriana, a la que llama «medieval», porque las mujeres se prostituyen cumpliendo reglas tribales y preceptos del vudú. Vigila los pisos de masaje con final feliz, una especialidad de los chinos, prostitución más difícil de controlar porque tiene lugar en casas privadas. Conoce los hote-

les por horas de Roma Termini y, por supuesto, lo sabe todo de la prostitución masculina en el barrio.

Con una precisión científica, la comisaria me detalla los casos recientes, los homicidios, los lugares donde se prostituyen los travestis, que son distintos de los transexuales. Pero Giovanna Petrocca (traducida por Daniele Particelli, mi investigador romano) no quiere dramatizar la situación. A su juicio Roma Termini es un lugar de prostitución como cualquier otro, semejante a todos los barrios que rodean las grandes estaciones de Italia, como las de Nápoles o Milán.

—¿Qué podemos hacer? Controlamos las actividades en la vía pública y hacemos inspecciones aleatorias, un par de veces por semana, en las pensiones del barrio de Roma Termini. Aceptar oficialmente prostitutas es un delito, pero en Italia alquilar una habitación por horas es legal. Por tanto, intervenimos si descubrimos que hay proxenetismo organizado, drogas o menores.

172 Giovanna Petrocca no tiene prisa y hablamos de los tipos de droga que circulan en el barrio, de las pensiones que he visitado y que ella también conoce. Pocas veces he conocido a un funcionario de policía tan competente, tan profesional y bien informado. No hay duda de que Roma Termini está «bajo control».

Aunque la comisaria no habló conmigo *on the record* sobre la importancia de los curas en la prostitución de Roma Termini, otros policías y guardias sí lo hicieron con todo lujo de detalles fuera de su comisaría. En este capítulo, y también en el resto del libro, recorro con frecuencia a las informaciones procedentes de la asociación Polis Aperta, que cuenta con cientos de militares, *carabinieri* y policías LGBT italianos. En Roma, Castel Gandolfo, Milán, Nápoles, Turín, Padua y Bolonia muchos de sus miembros, en especial un teniente coronel de *carabinieri*, me han descrito la prostitución de Roma Termini y, en general, la vida sexual tarifada de los eclesiásticos. (En algunos casos también utilizo datos y estadísticas anonimizados del SDI, el banco de datos común de las fuerzas del orden italianas, sobre denuncias, delitos y crímenes.)

Estos policías y *carabinieri* me confirman la abundancia de sucesos que implican a eclesiásticos: curas atracados, robados o violados, curas detenidos, curas asesinados también, en esos lugares de

prostitución sin homologar. Me describen los chantajes, los vídeos sexuales, el porno de venganza católico y los innumerables «vicios» del clero. Estos religiosos, aunque sean las víctimas, rara vez denuncian, pues el precio de hacer una declaración en la comisaría sería demasiado alto. Solo se deciden en los casos más graves. La mayoría de las veces callan, se esconden y vuelven a su residencia en silencio, cargando con su vicio y ocultando sus moratones.

También hay homicidios, infrecuentes pero que acaban por salir a la luz. En su libro *Omocidi (Homocidio)*, el periodista Andrea Pini revela el importante número de homosexuales asesinados por prostitutos en Italia, sobre todo a raíz de encuentros anónimos en locales nocturnos. Entre ellos, según fuentes policiales coincidentes, los curas están sobrerrepresentados.

Francesco Mangiacapra es un *escort* napolitano de lujo. Su testimonio es crucial porque, a diferencia de los otros prostitutos, acepta hablar conmigo con su verdadero nombre. Este jurista, que aunque es un poco paranoico sabe por dónde se anda, ha confeccionado largas listas de curas gais que han recurrido a sus servicios en la región de Nápoles y en Roma. Este banco de datos insólito recoge, a lo largo de varios años, fotos, vídeos y sobre todo identidades de los implicados. Cuando comparto conmigo estas informaciones masivas y confidenciales salgo de la entrevista cualitativa y anónima, como sucedía en las calles de Roma Termini, para entrar en lo cuantitativo. Ahora tengo pruebas tangibles.

173

A Mangiacapra me lo presentó Fabrizio Sorbara, un dirigente de la asociación Arcigay de Nápoles. Hablo con él varias veces en Nápoles y Roma, acompañado de Daniele y el activista e intérprete René Buonocore.

Con su camisa blanca abierta en el torso, el cabello fino de un bonito color castaño y la cara afilada y cuidadosamente mal afeitada, el joven es seductor. Nuestro primer contacto es prudente, pero Mangiacapra coge confianza enseguida. Sabe muy bien quién soy, porque meses antes asistió a una conferencia que pronuncié en el Institut Français de Nápoles cuando se publicó en Italia el libro *Global Gay*.

—No empecé a ejercer este oficio por el dinero, sino para conocer mi valor. Soy licenciado en derecho por la célebre universidad Federico II de Nápoles, y cuando me puse a buscar trabajo todas las puertas se cerraban. Aquí, en el sur de Italia, ya no hay empleo, no hay oportunidades. Mis compañeros de curso hacían pasantías humillantes en bufetes de abogados, donde les explotaban por 400 euros mensuales. Mi primer cliente, lo recuerdo bien, era un abogado. ¡Me pagó por 20 minutos lo que les pagaba a sus becarios por dos semanas de trabajo! En vez de vender mi mente por poco dinero prefiero vender mi cuerpo por mucho más.

Mangiacapra no es un *escort* cualquiera. Es un prostituto italiano político, que se expresa, como he dicho, con su verdadero nombre y a cara descubierta, sin avergonzarse. La fuerza de su testimonio me dejó impresionado.

—Conozco mi valor y el valor del dinero. Gasto poco, ahorro todo lo que puedo. Se suele pensar —añade el joven— que la prostitución es dinero fácil y rápido. No. Es dinero ganado con mucha dificultad.

174

Francesco Mangiacapra no tardó en descubrir un filón que nunca habría imaginado. La prostitución con curas gays.

—La cosa empezó del modo más normal. Tuve clientes curas que me recomendaron a otros curas, y esos me invitaron a veladas en las que seguí conociendo a curas. No se trata de ninguna red, ni de orgías, como creen algunos. Eran curas normales y corrientes que me recomendaban, sin más, a otros amigos curas.

Las ventajas de esta clase de clientes no tardaron en aparecer: la fidelidad, la constancia y la seguridad.

—Los curas son la clientela ideal. Son fieles y pagan bien. Si pudiera, solo trabajaría para ellos. Siempre les doy prioridad. Como estoy muy solicitado, tengo la suerte de poder escoger a mis clientes, a diferencia de los otros prostitutos que, en cambio, son ellos los elegidos. Tampoco diría que soy feliz con este trabajo, pero miro a los otros prostitutos, a los otros estudiantes que no tienen trabajo, y me digo que al fin y al cabo tengo suerte. Si hubiera nacido en otro lugar o en otro tiempo, habría recurrido a mis títulos y a mi inteligencia para hacer otra cosa. Pero en Nápoles la prostitución es el oficio más accesible que he podido encontrar.

El joven tose. Noto una fragilidad. Es endeble. Sensible. Dice que

actualmente tiene «treinta curas fijos», clientes de los que está seguro que son curas, y muchos otros sobre los que tiene dudas. Desde que empezó a prostituirse ha tenido «cientos de curas», asegura.

—Los curas se han vuelto mi especialidad.

Según Mangiacapra, los eclesiásticos prefieren la prostitución porque les brinda cierta seguridad, un anonimato, todo ello compatible con su doble vida. Un ligue «normal», incluso en ambiente homosexual, requiere tiempo; implica una larga conversación, tienes que ponerte al descubierto y decir quién eres. La prostitución es rápida, anónima y no te expone.

—Cuando un cura se pone en contacto conmigo, no nos conocemos. No hay una relación anterior entre nosotros. Ellos prefieren una situación así, es lo que buscan. A menudo he tenido clientes curas que eran muy atractivos. ¡Me habría acostado con ellos gratis! No les habría resultado difícil encontrar un amante en los bares o las discotecas gays. Pero eso era incompatible con su sacerdocio.

El joven *escort* no hace *la strada* («la calle»), como los migrantes de Roma Termini. No vive al ritmo de *Las noches de Cabiria*. Contacta con sus clientes en Internet, en webs especializadas o en Grindr. Chatea con ellos en mensajerías como WhatsApp y, si quiere más discreción, Telegram. Después intenta fidelizarlos.

175

—En Roma hay mucha competencia; aquí, en Nápoles, la cosa es más tranquila. Pero hay curas que me hacen ir a la capital, me pagan el tren y el hotel.

Partiendo de sus experiencias con decenas, cuando no cientos de curas, Mangiacapra comparte conmigo varias reglas sociológicas.

—A grandes rasgos, entre los curas hay dos tipos de clientes. Están los que se sienten infalibles y tienen una posición sólida. Esos clientes son arrogantes y roñosos. Su deseo está tan reprimido que pierden el sentido de la moral y toda su humanidad: piensan que están por encima de las leyes. ¡Ni siquiera temen el sida! Muchas veces no ocultan que son sacerdotes. Son exigentes, duros, no te dejan tomar la iniciativa. No dudan en decir que si hay un problema te van a denunciar a la policía por prostituto. Pero se olvidan de que, si quiero, soy yo quien puedo denunciarles por curas.

El segundo tipo de clientes con los que trabaja Francesco tiene otro talante:

—Son los curas inseguros y deprimidos. Están necesitados de cariño, de caricias, quieren abrazarte todo el tiempo. Tienen una tremenda carencia de ternura. Son como niños.

Estos clientes, me confirma Mangiacapra, se enamoran a menudo de su fulano y quieren «salvarle».

—Esos clientes nunca regatean el precio. Se sienten culpables. Muchas veces me dan el dinero en un sobrecito que han preparado antes. Dicen que es un regalo para ayudarme, para que pueda comprar algo que necesite. Tratan de justificarse.

Conmigo Mangiacapra acepta las palabras más explícitas. Me dice que es prostituto e incluso *marchettaro*, una forma de decir «puta» (la palabra, en jerga, viene de *marchetta*, el «recibo» que permitía cuantificar el número de clientes que tenía una prostituta en una casa de citas). El *escort* utiliza deliberadamente este insulto para dar la vuelta al prejuicio, como se invierte un arma.

176 —Esos curas quieren volver a ver a su *marchettaro*. Quieren una relación. Quieren mantener el contacto. No quieren aceptar la realidad y se sorprenderían si les juzgaran mal, porque tienen la impresión de que son buenos sacerdotes. Por eso piensan que nosotros somos «amigos», se aferran a eso. Te presentan a sus amigos, a otros curas. Se arriesgan mucho. Te invitan a la iglesia, te llevan a ver a las monjas en la sacristía. Se confían enseguida, como si tu fueras su coleguilla. A menudo añaden una propina en especie: una prenda de ropa que han comprado antes, un frasco de perfume. Tienen esos detalles.

El testimonio de Francesco Mangiacapra es lúcido, y terrible. Es un testimonio crudo y brutal, como el mundo que describe.

—¿El precio? Tiene que ser el precio más alto que el cliente esté dispuesto a pagar. Se trata de marketing. Hay *escorts* que son más guapos, más seductores que yo, pero mi marketing es mejor. Según la página web o la app que utilicen para ponerse en contacto conmigo, según lo que me dicen, hago una primera evaluación del precio. Cuando nos vemos adapto ese precio preguntándoles en qué barrio viven, su profesión, observo su ropa, su reloj. Me resulta fácil evaluar su capacidad económica. Los curas están dispuestos a pagar más que un cliente normal.

Interrumpo al joven *escort* preguntándole cómo es que los cu-

ras, que no suelen ganar más de mil euros mensuales, pueden pagar esos servicios.

—*Allora...* Un cura no tiene elección. Por eso somos más exclusivos con él. Es una categoría más sensible. Son hombres que no pueden encontrar otros chicos, por eso a mí me tienen que pagar más. Son, digamos, un poco como los minusválidos.

Después de una pausa, siempre acentuada con un largo «*Allora...*», Mangiacapra prosigue:

—La mayoría de los curas pagan bien, pocas veces regatean. Supongo que ahorran en otros caprichos, pero nunca en el sexo. Un cura no tiene familia, no paga alquiler.

Como muchos de los prostitutas a los que pregunté en Roma, el *escort* napolitano me confirma la importancia del sexo en la vida de los curas. Se diría que la homosexualidad orienta su existencia, domina su vida, mucho más que las de la mayoría de los homosexuales.

El joven prostituto me revela ahora algunos de sus «secretos de marketing»:

—La clave es la fidelización. Si el cura es interesante, si paga bien, conviene que vuelva. Para eso hay que hacer todo lo posible para que no regrese a la realidad; tiene que permanecer en un mundo de ilusión. Yo nunca me presento como un prostituto, porque rompería la ilusión. Nunca digo que él es mi cliente, digo que es mi amigo. Al cliente siempre lo llamo por su nombre, y tengo que andarme con cuidado, porque son muchos clientes y no puedo equivocarme de nombre, pues debo hacerle creer que para mí es único. A los clientes les gusta que uno se acuerde de ellos, lo desean, ¡no quieren oír hablar de otros clientes! De modo que he hecho una agenda en mi móvil. Para cada cliente, lo anoto todo: el nombre que me ha dado, su edad, las posturas que prefiere, los lugares adonde hemos ido, las cosas relevantes que me ha dicho sobre él, etcétera. Tengo un registro minucioso de todo eso. Por supuesto, también marco el precio mínimo que ha aceptado pagar, para pedirle lo mismo o algo más. 177

Mangiacapra me muestra sus «expedientes» y me comunica, incluso por escrito, los nombres y apellidos de docenas de curas con quienes asegura haber tenido relaciones íntimas. Me resulta imposible verificar estas afirmaciones.

En 2018 hizo pública la vida sexual de 34 curas y un documento de 1.200 páginas con los nombres de los eclesiásticos en cuestión, sus fotos, grabaciones de audio y capturas de pantalla de sus actos sexuales a partir de WhatsApp o Telegram. Todo esto provocó cierto escándalo y dio pie a muchos artículos y programas de televisión en Italia. (He podido consultar este «dosier», llamado Preti gay: en él se ve a docenas de curas celebrando misa en sotana y luego, desnudos, celebrando otro tipo de retozos por webcam. Las fotos que alternan homilías y SMS sexuales son inimaginables. Mangiacapra mandó todo el dossier directamente al arzobispo de Nápoles, el voluble cardenal Crescenzo Sepe. Próximo al cardenal Sodano y gregario como él, hombre de tramas conniventes e híbridas, en cuanto le llegó el dossier se apresuró a mandarlo al Vaticano. Después monseñor Crescenzo Sepe se entrevistó en secreto, para interrogarle, con Mangiacapra, según afirma este último.)

178

—Cuando me acuesto con ricos abogados casados, con grandes médicos o con todos esos curas de doble vida, me doy cuenta de que no son felices. La felicidad no llega con el dinero ni con el sacerdocio. Ninguno de esos clientes tiene mi felicidad ni mi libertad. Están atrapados por sus deseos, son increíblemente desdichados.

El joven se queda un momento pensativo y añade, como para quitar hierro a lo que acaba de decir:

—Lo difícil de este oficio no es de tipo sexual, no es por tener una relación con alguien a quien no quieres, o que te parece feo. Lo difícil es tener sexo cuando no se tienen ganas.

La noche ha caído sobre Nápoles y yo tengo que coger el tren para volver a Roma. Francesco Mangiacapra está sonriente, se le ve contento de haber podido hablar conmigo. Seguiremos en contacto e incluso estaré dispuesto a firmar un breve prólogo al libro-relato que más adelante publicará sobre su experiencia de *escort*. Gracias a este librito Mangiacapra tendrá su momento de gloria contando sus experiencias por los programas populares de las televisiones italianas. Pero no es más que su palabra.

Cuando nos despedimos, el joven, de pronto, quiere añadir algo:

—No juzgo a nadie. No juzgo a esos curas. Comprendo su dilema y su situación. Pero lo encuentro triste. Yo soy transpa-

rente, no tengo una doble vida. Hago las cosas a las claras, sin hipocresía. No como mis clientes. Me dan pena. Soy ateo, pero no anticlerical. No juzgo a nadie. Pero lo que hago yo es mejor que lo que hacen los curas, ¿no cree? Moralmente es mejor, ¿no?

René Buonocore, un trabajador social de origen venezolano que vive y trabaja en Roma, me acompañó a Nápoles para entrevistar a Mangiacapra y también fue mi guía en los lugares gais de la noche romana. Habla cinco idiomas y ha participado en el proyecto *Io faccio l'attivo* («Yo soy solo activo») de una asociación romana de asistencia a los trabajadores del sexo. En este ambiente se usa la expresión MSM («*Men Who Have Sex with Men*»): hombres que tienen relaciones sexuales con otros hombres, sin reconocerse por ello como homosexuales. Según Buonocore y otras fuentes, los curas que no han salido del armario prefieren a los migrantes o el anonimato de los parques en vez de los establecimientos comerciales.

179

En Roma suelen acudir a la zona de Villa Borghese, a las calles que rodean Villa Medici o a los parques próximos al Coliseo o la plaza del Capitolio. Allí, acompañado de mi guía, observo cómo los hombres dan vueltas en coche junto a la Galleria Nazionale d'Arte Moderna o deambulan por la orilla del Templo de Esculapio. También se encuentra esta fauna en las bonitas calles en zigzag que rodean Villa Giulia. Me impresiona la tranquilidad nocturna de estos lugares, el silencio, las horas que van pasando y, de pronto, la aceleración, un encuentro, un coche que pasa, un chico que se apresura a montar con un desconocido. A veces, violencia.

Si se va hacia el este y se cruza por completo el parque, se llega a otro *corner* muy apreciado por los MSM: la Villa Medici. Aquí la escena nocturna se sitúa sobre todo en el Viale del Galoppatoio, una calle enortijada como el pelo del joven Tadzio de *Muerte en Venecia*. Es un conocido lugar de citas, donde los hombres suelen circular en coche.

Estas calles, entre la Villa Borghese y la Villa Medici, fueron el escenario de un escándalo. Varios curas de la cercana parroquia de Santa Teresa d'Avila solían venir aquí ligeros de ropa. La aven-

tura podía haberse prolongado si el amante de uno de los curas, un vagabundo, no le hubiera reconocido cuando decía misa. El escándalo tuvo cierta repercusión y otros curas también fueron reconocidos por sus parroquianos. El caso saltó a la prensa, un centenar de fieles mandaron una reclamación a la santa sede y todos los curas implicados, junto con los superiores que les habían encubierto, fueron destinados a otras parroquias, y a otros parques.

El jardín que está delante del Coliseo, llamado Colle Oppio, también fue un lugar de *cruising* al aire libre en los años setenta y ochenta (últimamente lo han cercado), así como el parque Vía di Monte Caprino, detrás de la famosa plaza del Capitolio proyectada por Miguel Ángel. Según fuentes policiales, allí identificaron a uno de los asistentes de Juan Pablo II. Un importante prelado holandés, muy conocido durante los papados de Juan Pablo II y Benedicto XVI, también fue detenido en el parqucito del Coliseo en compañía de un chico. Estos escándalos, filtrados anónimamente a la prensa, fueron rápidamente enterrados. (Me han confirmado los nombres.)

Uno de los obispos más influyentes del papado de Juan Pablo II, un francés creado después cardenal, también era conocido por sus merodeos en los parques próximos al Capitolio. El prelado, por prudencia, no había querido matricular su coche oficial con una placa diplomática del Vaticano, para pasar más inadvertido. ¡Nunca se sabe!

Por último, otro de los lugares exteriores de citas preferido por los curas no es otro que la plaza de San Pedro, pues el Vaticano es el único verdadero *gayborhood* de Roma.

—Recuerdo que en los años sesenta y setenta la columnata de Bernini de San Pedro era un lugar de citas de la gente del Vaticano. Los cardenales salían para dar un paseo y trataban de encontrarse con los *ragazzi* —me explica el especialista literario Francesco Gnerre.

En fechas más recientes un cardenal estadounidense entretenía al personal vaticano con sus buenos propósitos deportivos: salía a correr todos los días en pantalón corto alrededor de las columnas. Todavía hoy algunos prelados y *monsignori* acuden al lugar habitualmente. Los paseos a la caída de la tarde en la ascesis creativa,

cuando se sienta la belleza en las rodillas, son el pretexto para encuentros inesperados que pueden llevar lejos.

Fenómeno desconocido por el gran público, pero corriente, las relaciones homosexuales acompañadas y tarifadas de los sacerdotes italianos forman un sistema de gran amplitud. Son una de las dos opciones que se brindan a los eclesiásticos practicantes; la segunda es conformarse con ligar dentro de la Iglesia.

—Hay muchas cabezas locas aquí en el Vaticano —me confía don Julius, el confesor de San Pedro, con quien hablo varias veces en el «Parlatorio». (A petición suya se ha cambiado su nombre.)

Sentado en un sofá de terciopelo verde, el sacerdote añade:

—Existe la creencia de que para hablar libremente de la curia hay que salir del Vaticano. Muchos piensan que hay que esconderse. Pero en realidad la mejor forma de hablar sin ser vigilados es hacerlo aquí, ¡en el interior del Vaticano!

Don Julius me habla de la vida traqueteada de los habitantes de Sodoma y me resume la alternativa que se ofrece a muchos sacerdotes: ligar dentro o fuera de la Iglesia. 181

En el primer caso los sacerdotes permanecen entre «los suyos». Se interesan por sus correligionarios o los jóvenes seminaristas recién llegados de su provincia italiana. Es un cortejo muy prudente, que tiene lugar en los palacios episcopales y las sacristías de Roma, un cortejo propio de la comedia social, en el que las miradas desnudan. Suele ser más seguro, porque los religiosos se relacionan con pocos laicos cuando optan por esta vida amorosa. Pero la seguridad que da tiene su inconveniente: desemboca inevitablemente en los rumores, el derecho de pernada y, a veces, el chantaje.

Robert Mickens, el vaticanista estadounidense, buen conocedor de las sutilezas de la vida gay en el Vaticano, cree que es la opción preferida por los cardenales y obispos, que no quieren arriesgarse a ser reconocidos en el exterior. Su regla es «*Don't fuck the flock*», me dice, con una expresión audaz de reminiscencias claramente bíblicas (hay variantes en inglés: «*Don't screw the sheep*» o «*Don't shag the sheep*», no hay que acostarse nunca con las propias ove-

jas, es decir, con tu pueblo, tu rebaño extraviado que espera a su pastor).

En este caso se podría hablar de «relaciones extraterritoriales», porque tienen lugar fuera de Italia, en el Estado soberano de la santa sede y sus dependencias. Tal es el código de la homosexualidad «de dentro».

La homosexualidad «de fuera» es muy distinta. En este caso, por el contrario, se evita cortejar dentro del mundo religioso para librarse de los rumores. La vida gay nocturna, los parques públicos, las saunas y la prostitución son los preferidos por los curas gays activos. Esta homosexualidad de las relaciones tarifadas, las salidas escoltadas y las fantasías morunas, más peligrosa, no es menos frecuente que la otra. Los riesgos son mayores, pero también los beneficios.

—Cada noche los curas tienen estas dos opciones —resume don Julius.

182

Vaticano *in*, Vaticano *out*: las dos vías tienen sus partidarios, sus adeptos y sus expertos, y cada una sus propios códigos. A veces los sacerdotes tardan en decidirse, cuando no los combinan, entre el mundo oscuro y duro del cortejo exterior, la noche urbana, su violencia, sus peligros, sus leyes del deseo, ese «camino de Swann», auténtica versión negra de Sodoma, y el mundo luminoso del cortejo interior, con todo lo que implica de frivolidad, sutileza, juego, ese «mundo de Guermantes»² que es una versión sodomita blanca, más brillante y radiante, la de las sotanas y los capelos. En definitiva, sea cual sea la vía escogida, el «camino» o el «mundo» de la hipernoche romana, nunca será una vida apacible y ordenada.

La historia del Vaticano debe escribirse teniendo en cuenta esta oposición fundamental, y es así como la contaré en los capítulos siguientes, remontándome en el tiempo hasta los pontificados de Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI. Esta tensión entre un Sodoma «de dentro» y un Sodoma «de fuera» explica la mayoría de los secretos del funcionamiento de la santa sede, porque la rigidez de la doctrina, la doble vida de las personas, los nombramientos

2. Alusiones varias a *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust.

atípicos y las innumerables intrigas obedecen casi siempre a uno u otro código.

Cuando llevamos un buen rato hablando en este Parlatorio del Vaticano al que acudiré con frecuencia y que está a pocos metros de los aposentos del papa Francisco, el confesor de San Pedro me espeta:

—Bienvenido a Sodoma.